

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| INTRODUCCIÓN | 15 |
| PRÓLOGO | |
| «El nombre que inmerecidamente llevo...» | 23 |
| I. LOS PICKMAN | 27 |
| 1. La Cartuja de Sevilla | 29 |
| Josiah Wedgwood | 29 |
| Recuerdos de un anciano | 31 |
| Un capitán de industria | 35 |
| La Cartuja y los cartujanos | 40 |
| 2. Ennoblecimiento | 45 |
| Primer Marqués de Pickman | 45 |
| La bastarda | 49 |
| El panteón familiar | 54 |
| Vida de Sociedad | 56 |
| La <i>mamabuela</i> | 59 |
| II. AUGE Y CAÍDA DE RAFAEL DE LEÓN Y PRIMO DE RIVERA | 63 |
| 3. Los jóvenes marqueses de Pickman | 65 |
| De León y Primo de Rivera | 65 |
| Políticas matrimoniales | 69 |
| La boda | 71 |
| Bella, elegante, distinguida | 73 |
| Extrovertido, pródigo, excesivo | 78 |

| | |
|---|-----|
| Ver y ser visto | 82 |
| Un honorable caballero | 86 |
| 4. De política y honor | 93 |
| Política y promoción | 93 |
| Pleitos de honor en el Parlamento | 98 |
| Iglesia, honor, duelos | 104 |
| 5. Un empresario diletante | 109 |
| Al margen de la empresa familiar | 109 |
| Lucha de clases en la cartuja | 112 |
| La Cochera Sevillana | 117 |
| Un marqués tronado y homicida | 121 |
| 6. El héroe del Jardinito | 125 |
| El capitán de la benemérita | 125 |
| Crimen en El Jardinito | 128 |
| Banqueros y usureros cordobeses | 132 |
| 7. Rumores y bofetadas | 135 |
| «Una tremenda bofetada» | 135 |
| Cartas, anónimos, rumores... | 138 |
| De cómo la realidad imita a la ficción y la ficción recrea la realidad | 142 |
| Honor masculino, honor femenino | 145 |
| Una ley que no deja puerta de escape | 150 |
| 8. La perfecta máquina homicida | 157 |
| Padrinos y negociaciones | 157 |
| Batirse en Europa | 162 |
| Un lance atípico en España | 168 |
| 9. Y enfrente, el ejército | 177 |
| «El culto al honor es una religión» | 177 |
| El uniforme | 182 |
| Dignidad ultrajada | 188 |
| Agustín Luque y Coca, capitán general de Andalucía | 193 |
| 10. El duelo | 199 |
| «Había una grandísima expectación» | 199 |
| En capilla | 202 |

| | |
|--|-----|
| La Hacienda del Rosario | 207 |
| Preparativos | 212 |
| Muerte del marqués de Pickman | 218 |
| III. POST-MORTEM | 223 |
| 11. Luto | 225 |
| A la luz de los carruajes | 225 |
| «Estupor, protesta y duelo» | 228 |
| Velatorio | 232 |
| «La más cruel de todas las coacciones» | 235 |
| «Una especie de corralada indecente» | 240 |
| 12. Spínola | 245 |
| Marcelo Spínola en la guerra contra el siglo | 245 |
| «Sin doblar jamás la rodilla ante los ídolos» | 251 |
| 13. Desventuras de un cadáver | 255 |
| Cortejo fúnebre | 255 |
| «¡Adentro, adentro!» | 261 |
| Los saltatumbas | 268 |
| 14. Coda final: En el nombre de Pickman | 275 |
| Ecos Parlamentarios | 275 |
| Ruedan cabezas | 278 |
| El fiscal que amaba a los pájaros | 281 |
| «El poder civil es ilusión, palabra hueca, humo sin fuego» | 285 |
| <i>Omertá</i> | 289 |
| Fuese, y no hubo nada | 292 |
| EPÍLOGO | 295 |
| NOTAS | 301 |
| BIBLIOGRAFÍA | 335 |



INTRODUCCIÓN

No hay nada más terrible para el autor de un libro que el momento de ponerse con la introducción. Al menos a mí siempre me lo ha parecido. Es probable que algún lector piense que, como ocupa las páginas iniciales, es lo primero que se escribe. Pero lo normal es que su turno llegue al final —aunque cada uno se organiza como quiere y puede—, cuando se supone que tienes una idea clara, cabal, del texto que has escrito, puedes reflexionar sobre él y pertrechar unos párrafos brillantes que lo hagan más atractivo a los lectores. La realidad, sin embargo, es que a esas alturas probablemente vengas de terminar un maratón de escritura rápida a fin de entregar el manuscrito a tiempo, tengas el cerebro como una uva pasa y no sepas exactamente con qué llenar esos malditos párrafos. Llegado este momento, mi relación con el libro es la misma que cantaba el maestro Serrat: «no hago otra cosa que pensar en ti, y no se me ocurre nada».

Una manera de superar el bache es explicar cuándo uno comprendió que la historia que al final acabaría contando escondía un libro. Yo tropecé por primera vez con el marqués de Pickman hace ya muchos años, al escribir sobre uno de sus contemporáneos, el político español José Sánchez Guerra. Al igual que el marqués, Sánchez Guerra fue un contumaz duelista y pensé que en su biografía podía ilustrar el mundo de los lances de honor dedicando unos párrafos al duelo que en 1904 le costaría la vida a Pickman. Como los libros suelen cobrar vida propia, aquellas páginas se cayeron al final del *Sánchez Guerra*. Pero tiempo después le hablé sobre el marqués a mi amiga Mercedes Gutiérrez, en uno de los muchos días que pasamos encerrados en un caserón de la calle Alcalá. Y creo que fue

en aquel momento, al relatar las desventuras de Pickman a otra persona, cuando empecé a intuir que ahí había un libro.

¿Por qué lo pensé? ¿Qué me atrajo de aquella historia «difusa, lejana, erizada de improbabilidades»? De entrada, esto último: el carácter extraño, estrambótico de las peripecias que corrieron el marqués de Pickman y su cadáver. Rafael de León y Primo de Rivera casó en 1900 con María de las Cuevas Pickman y Gutiérrez, hija bastarda y más tarde reconocida del segundo marqués de Pickman y una obrera de La Cartuja de Sevilla, que heredó el título y la co-propiedad de la fábrica a la muerte de su padre. Rafael, hombre manirroto y algo tarambana, se arruinó y consiguió varios préstamos a través su amigo, el capitán de la guardia civil Vicente Paredes, quien parece que en un momento dado pretendió a la marquesa. Al enterarse, Pickman abofeteó al capitán en público. Hubo duelo, a pistola, en condiciones extremas, en las afueras de Sevilla. Murió el marqués de un tiro en el corazón y la Iglesia, respaldada por el Estado, prohibió que su cadáver se inhumara en el Cementerio de San Fernando. El día del entierro, los obreros de La Cartuja se amotinaron y enterraron el féretro a la fuerza en el panteón familiar. Y aquella misma madrugada, con nocturnidad y alevosía, una cuadrilla de policías municipales desenterró su cadáver y lo llevó al cementerio civil¹.

Es una historia excéntrica, rara, que parece extraída de un relato fantástico o el fruto de una mente febril. Sin embargo, es absolutamente real en todos y cada uno de sus extremos. Más allá de uniformes y fábricas tiene resonancias de cuento arcaico, oriundo de un pasado remoto. Pero ocurrió hace poco más de cien años, cuando el mundo preparaba la primera de las grandes guerras. Sin duda, contiene los ingredientes oportunos para una novela romántica. O, como sugería un amigo director de teatro, para un esperpento valleinclanesco. O incluso, como apuntaba otro, para un guion de cine o de televisión.

Sin embargo, yo no soy novelista, dramaturgo, ni guionista. Soy historiador y cuando contaba a mis amigos una y otra vez qué le aconteció al marqués, nos surgían a mí y a mis interlocutores preguntas y más preguntas, sobre la trama en sí y sobre el tiempo en qué ocurrió: ¿Por qué dos hombres se jugaron la vida pistola en mano? ¿Eran los duelos una práctica

común en 1900? Y si lo eran ¿Quiénes integraban la comunidad de duelistas? ¿Podía la Iglesia en aquellos años prohibir el sepelio de un cristiano en el cementerio? ¿Qué autoridad tenía el clero sobre las prácticas funerarias? ¿Qué se podía aprender de todo esto acerca de las relaciones entre la Iglesia, el Estado y la sociedad? ¿Era habitual que el ejército impusiera su voluntad al gobierno e impidiera —como prescribía la ley— que la justicia condenara al oficial que mató en un lance al marqués de Pickman? Y si así fuera ¿Podía extraerse de aquí alguna enseñanza sobre las relaciones entre los poderes civil y militar? Poco a poco fueron perfilándose los ejes centrales en torno a los que se debía construir el libro: la cultura del honor en 1900 y las relaciones del poder civil tanto con la Iglesia como con el ejército.

Pero ya he dicho antes que los libros tienen vida propia y a cada paso surgían nuevas preguntas, nuevas tramas, nuevos personajes imprevistos. De entrada, había que trazar la biografía del marqués de Pickman, aristócrata, político y empresario. Al investigar de dónde venía su fortuna me fui enredando en la historia de la familia Pickman y quise saber cómo nació una de las industrias españolas más feraces del siglo XIX: La Cartuja de Sevilla. Quise, también, descifrar qué significaba ser aristócrata en 1900. Poco a poco, María de las Cuevas Pickman, bastarda, marquesa, mujer pretendida, adquirió más protagonismo. Había que conocer también al rival, el capitán Vicente Paredes, y su vida me llevó a escribir sobre crímenes brutales en la España rural o sobre la mentalidad de los oficiales del ejército. Para averiguar si desafíos como el que aquí se cuenta fueron habituales empecé a investigar sobre el código del honor y las prácticas del duelo en el mundo occidental durante los últimos años del siglo XIX. También quise entender, y explicar, cómo percibían el mundo los duelistas y de pronto fue cobrando vida aquella comunidad internacional de elegantes caballeros a la que pertenecía el marqués de Pickman, y que a finales del siglo XIX se extendía desde los Urales a los Andes abarcando casi toda Europa y América².

En un momento dado entendí que el libro quedaría cojo si no explicaba qué movió a los obreros de La Cartuja a enterrar contra viento y marea el cadáver del marqués en su panteón y por ello tuve que intentar com-

prender qué pensaban sobre su trabajo, cuáles eran sus relaciones con la fábrica y con sus dueños... y acabé escribiendo sobre una huelga general en Sevilla. De a poco ganaron terreno otros personajes: el capitán general de Andalucía, Agustín Luque, quien impuso un duelo mortal; Monseñor Spínola, el arzobispo que prohibió el entierro de Pickman en sagrado; Joan Maluquer, el fiscal que decidió contra viento y marea juzgar al capitán Paredes por asesinato... Y lo que comenzó como una investigación sobre un duelo, con dos, quizás tres, personajes centrales, se convirtió sin pretenderlo en un libro coral, articulado en más de medio centenar de apartados cortos. Un libro cuyo hilo conductor es la vida —y la muerte— de Rafael de León, aunque con frecuencia el protagonista ceda la escena a otros actores.

Uno de los retos que surgieron en esta investigación fue la escasez de fuentes sobre el personaje principal. De su propia mano solo he podido encontrar dos cartas: una en el Archivo de La Cartuja de Sevilla, depositado en el Archivo Provincial de Sevilla, y otra en el Archivo General de Palacio. Hay varios documentos notariales en la sección de protocolos de este último archivo. Luego están sus discursos parlamentarios y sus intervenciones en los plenos del Ayuntamiento de Sevilla, pues fue concejal y diputado. Consta, también, alguna confidencia hecha a un amigo o a periodistas, que recogió la prensa. Y poco más. Magro material para un libro que pretende ahondar en las razones que impulsaron a un hombre a batirse a muerte.

La ausencia de fuentes directas me ha obligado a trabajar sobre fuentes indirectas, como —por ejemplo— los testimonios de otros duelistas. O la literatura de la época: precisamente porque los duelos eran frecuentes en el siglo XIX, muchos escritores intentaron reconstruir qué pasaba por la cabeza de un hombre en el momento de jugarse la vida en el campo del honor. También están los testimonios que dejaron sobre Rafael sus contemporáneos en libros de memorias o en periódicos. Estos últimos fueron ricos, abundantes, diversos, con frecuencia contradictorios, pues en vida el marqués fue un hombre famoso y su muerte desató vivas polémicas y conmocionó al país entero.

Con todo este material me he embarcado en algo parecido a un juego que antes era habitual en la sección de pasatiempos de muchos diarios:

aquél que consistía en rellenar con líneas el espacio que une varios puntos hasta desvelar la figura que allí yacía escondida. En última instancia, eso es lo que hacemos siempre los historiadores, solo que unas veces son más los puntos de partida y otras menos. Como aquí eran pocos, espero que a nadie le extrañe que en estas páginas escaseen las afirmaciones rotundas; que estén plagadas de formas condicionales y adversativas: de quizás y de acaso; de peros, no obstante y sin embargo; de múltiples conjugaciones del verbo poder en su sentido de lo que es —o no— posible; que a veces ofrezca a los lectores más de una, más de dos posibles respuestas a una misma pregunta.

En mi profesión no abundan las certezas, pero nunca he tenido tan claro como al escribir este texto que lo máximo que podemos hacer los historiadores es acercarnos no ya a lo que ocurrió, sino a lo que parece más razonable, más posible que ocurriera. Pese a todo, después de hacer el máximo esfuerzo en esta aproximación a lo probable, siempre me quedará la duda de si los personajes que pueblan el libro se reconocerían a sí mismos si pudieran leer lo que escribo sobre ellos.